LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VIII — BARCELONA 15 DE JULIO DE 1889 — NÚM. 394

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AMOR SAGRADO Y AMOR PROFANO, cuadro de Solomón J. Solomón.

Expuesto en la Real Academia de Londres

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

AMOR SAGRADO Y AMOR PROFANO

cuadro de Solomón J. Solomón

Expuesto en la Real Academia de Londres

De los muchos contrastes que el amor ofrece, pocos hay tan grandes como el que forman el amor sagrado y el amor profano, concentrado aquél en deseo purísimo, traducido éste en apetitos groseros, el uno señor del espíritu, el otro esclavo de la materia, noble expansión del alma el primero, torpe exigencia del cuerpo el segundo. Entre ambos media la distancia que hay del cielo á la tierra; el abismo que separa lo que es emanación de Dios y lo que procede de inspiración del angel caído los divide.

Solomón ha sabido expresar con peregrino acierto este contraste por medio de dos grupos igualmente bellos desde el punto de vista artístico pero que impresionan de una manera bien distinta el ánimo del que los contempla: la amorosa madre que cobijan las celestiales alas del arcángel habla al corazón, mientras que las dos impúdicas figuras que voluptuosamente se acarician, sirven á lo sumo para entretener más ó menos agradablemente los sentidos.

PAISAJE DE INVIERNO EN RUSIA

cuadro de Julio Kleber

Los profundos surcos que marca el trineo en el camino, las casi desnudas ramas de los árboles, el plomizo cielo cuyas preñadas nubes dejan caer congeladas gotas y el agrisado tinte que en todo el paisaje domina, nos demuestran que el otoño ha invadido con su guadaña destructora una de esas poéticas comarcas del Norte que las leyendas pueblan de wilis y de gnomos, de ninfas y de galanes encantados.

La naturaleza no ha muerto aún, pero su vida se va extinguiendo rápidamente: cada hoja que cae es un latido menos en su corazón, cada copo de nieve que cubre la tierra es un retazo más del inmenso sudario en que pronto se hallará envuelta.

Y así y todo ¡cuán bella se nos presenta! ¡Qué de atractivos tiene para el artista!

La naturaleza es como esas mujeres hermosas que encantan con la sonrisa en los labios y subyugan con las lágrimas en los ojos.

MONUMENTOS ESPAÑOLES

Córdoba

Puerta exterior de la Mezquita. – Puerta del Perdón

(Copias fotográficas de J. Oses)

No hemos de detenernos en describir los tesoros artísticos que encierra la famosa Mezquita, hoy Catedral, de Córdoba, admiración de propios y extraños y testimonio perenne de la riqueza y sabiduría de los califas españoles. No es menester que añadamos una más á las muchas y detalladas descripciones que en obras nacionales y extranjeras abundan, ni habríamos de encontrar palabras que dieran á los que no la han visto idea de lo que es esa perla arquitectónica que como recuerdo de su dominación en España dejaron en su antigua capital los Ommiadas.

Una de las dos vistas que reproducimos es una puerta secundaria de la Catedral con elegantes ajimeces á cada lado, cuyos preciosos alicatados é intrincados arabescos dignos son de figurar entre las más primorosas labores de su género: la otra, tomada desde la Virgen de los Faroles (así llamada por los muchos que hay delante de su retablo), representa la llamada puerta del Perdón junto á la cual se alza en el mismo sitio que antes ocupara el *alminar* de los moros la hermosa torre que fué restaurada á mediados del siglo décimosexto y cuya magnificencia corresponde á la suntuosidad de tan soberbio monumento.

SIESTA EN LA PLAYA

cuadro de E. Ducker

El autor de este dibujo ha encontrado la nota precisa para hacernos sentir la delicia de la siesta: en solitaria playa, arrullado por el murmullo de las juguetonas olas, acariciado por la fresca brisa que templa los ardores de un sol de estío, descansa el pobre pescador de la faena de la mañana sin que turben su sueño los cuidados de azarosa vida ni los sobresaltos de intranquila conciencia.

No es rico, pero su barca le produce lo suficiente para mantener á una esposa á quien adora y á dos niños á quienes idolatra. ¿Para qué quiere más? El mar es generoso, su ligera embarcación más de una vez ha desafiado con éxito la tempestad, sus brazos vigorosos manejan con habilidad los remos y sus redes parecen bendecidas por Dios, ¡tanta es la pesca que entre sus mallas queda aprisionada! Y cuando los años debiliten sus fuerzas y sus achaques no le permitan hacerse á la mar, ¿no tendrá por ventura buenos sustitutos en sus hijos adiestrados para el trabajo y criados en el santo amor á Dios y á sus padres?

Así vive dichoso, contento con el presente y lleno de esperanzas para el porvenir; así se comprende que duerma sobre el duro banco de su lancha con una tranquilidad que le envidiaría más de uno que en vano busca el descanso en mullido lecho.

EL ESCAPULARIO DE SANTA CATALINA

En aquellos siglos que si no fueron de las luces, ni del vapor, ni de la electricidad, fueron en cambio siglos de cintarazos, de corchetes, de duendes, de trovadores, de quintañonas, de magos, de brujas, de señores y de siervos; en un país que lo mismo pudiera ser España que Rusia ó Italia, vivían en una aldea situada al pie de una altísima montaña, dos matrimonios, de los cuales uno tenía un hijo y el otro una hija. Grande y profunda amistad existía entre los dos matrimonios y casi perfecta igualdad de fortunas.

Miguel y Teresa, padres de Fernando, eran dueños de una casa y de algunas cabezas de ganado. Roque y Catalina, padres de Constanza, poseían otra casa junto á la de Miguel y Teresa y un prado en el que pacía el ganado de sus vecinos.

Fernando y Constanza vinieron al mundo con diferencia de muy pocos días y juntos en muchas ocasiones ocuparon la misma cuna y no pocas veces en el regazo de la madre del uno ó de la otra, saborearon al mismo tiempo el jugo lácteo de sus pechos.

¡Suerte incomparable la de Fernando y Constanza! Desdichados hay que no llegan á conocer á su madre, y ellos siempre se oyeron llamar hijos por dos mujeres y á dos mujeres llamaron madre.

Cuando Fernando y Constanza rompieron á hablar, las primeras palabras que pronunciaron fueron: *Fenano*, dijo Constanza y contestó Fernando: *Tonstanza.*

Durante los años de la infancia, ni un solo instante se separaron aquellos niños, que nacieron con tan buena estrella. En la misma cazuela comían, dormían con las manos enlazadas y por igual gozaban de los apretados y sonoros besos de sus madres.

Tan grande era su cariño y tan constante su unión, que en la aldea nadie los conocía sino con el nombre de los inseparables.

Así vivieron Constanza y Fernando los 17 años primeros de su vida, durante los cuales, sólo en una ocasión opinaron de distinto modo y hasta llegaron á estar un cuarto de hora reñidos.

Ocurrió esto en la tarde de un domingo en que como de costumbre se fueron los inseparables á visitar una ermita que estaba en el pico de la montaña que dominaba su aldea.

Era un hermoso día de invierno, brillaba un sol esplendente y ni una ligera nubecilla se divisaba en todo el espacio que la vista podía abarcar.

Llegaron Fernando y Constanza á la ermita, entraron, y arrodillándose delante de una imagen de la Virgen del Amor hermoso, Constanza pidió á la Santa Virgen que Fernando la amara siempre y Fernando que siempre le amase Constanza.

Convencidos los dos de que sus ruegos serían escuchados por la que con su intercesión todo lo alcanza de su amado Hijo, salieron de la ermita y fuéronse á dar un largo paseo por la montaña.

– ¿Qué le has pedido á la Virgen? – preguntó Constanza.

– Que tú me quieras siempre, – dijo Fernando.

– ¡Tonto! ¿y para qué pedir lo que sabes que has de tener? ¿Por qué no la has pedido que mi imagen nunca se borre de tu memoria?

– Porque no podría, ni con todo su poder, conseguir que ocurriera lo contrario; con que mira si fuera necio pedir lo que ella no puede quitarme.

En estas y otras amorosas pláticas llegaron los enamorados á cierto paraje, en el cual había una roca cortada de tal manera, que semejaba un cómodo banco con brazos y respaldo, capaz para dos personas.

– Ya estamos en nuestro banco, – dijo Constanza sentándose; – ahora, como todas las tardes, ve á buscar apoyo para mis pies.

Alejóse Fernando y volvió con una piedra que colocó de manera que sirviera de banqueta á su amada. Sentóse después á su lado y durante un largo rato permanecieron silenciosos, los ojos fijos en el horizonte Fernando, y Constanza fijos sus ojos en los de él.

– ¿En qué piensas? – preguntó ella.

– En lo que habrá detrás de eso, – replicó Fernando, señalando el punto más lejano que veían.

– ¡Y qué ha de haber! tierra y ríos y montes y aldeas como la nuestra.

– Y mares y grandes ciudades y soberbios castillos y ricos señores, vestidos de seda y oro.

– Sí, y también duendes y brujas y encantadores y espíritus malos.

– Que se ahuyentan con un Padre Nuestro y un Ave María.

– Sí, cuando no nos hacen caer en la tentación, que no todos tenemos la fortaleza que San Antonio bendito.

– Yo la tendría.

– Como no has de exponerte á la prueba, puedes asegurarlo y yo puedo creerlo.

– ¿Y por qué, si hubiera de exponerme, no habías de confiar en mi fortaleza?

– ¡Ay! porque las brujas tienen bebedizos que enloquecen.

– A mí no podrían enloquecerme, porque ya me enloqueciste tú.

– Quizás olvidaras esa locura, si vieras á una de esas damas de que hablan en los cuentos, que llevan vestidos adornados con todas las estrellas del cielo y las perlas todas del mar, que sus cabellos son de oro, de zafiros sus ojos y de nácar sus dientes.

– Por nadie te olvidaría, Constanza de mi alma; pero mira, muchas veces pienso en que me gustaría ver esas tierras y recorrer el mundo y vencer en una batalla á todos los moros de la morería y ganar un reino como los caballeros de las leyendas y consejas y que tú fueras reina y llevaras un vestido con todos los peces del mar y el sol y la luna.

– Para que ganaras esos reinos fuera preciso que abandonases á nuestras madres y que te separases de mí.

– Después volvería y...

– ¿Serías capaz de dejarme?

– Para hacerte reina.

– No podría serlo, porque cuando volvieras ya me habría muerto.

– ¡Qué tontería! no te morirías.

– ¿Lo dudas?

– Naturalmente, nadie se muere por tan poca cosa.

– Puedes creer lo que quieras, pero ¿verdad que nunca te separarás de mí para averiguarlo?

– ¡Quién sabe! Hace ya mucho tiempo que pienso en que es cosa muy triste morirse sin haber visto más que la aldea miserable en que uno nació. ¡Si yo pudiera llevarte conmigo!...

– ¡Ay, Dios mío! – dijo Constanza, y comenzó á llorar en silencio.

Así transcurrió un largo rato. Por fin Fernando, conmovido ante el dolor de su amada, dijo cogiéndola una mano y dando en ella un beso:

– ¡Tonta! ¿tomaste en serio lo que dije? ¿Acaso no sé yo que lejos de tí, todo para mí serían penas y desdichas? ¿Me perdonas, Constanza mía?

Secáronse como por ensalmo las lágrimas de Constanza. Una celestial sonrisa se marcó en sus labios, llevó sus brazos al cuello de Fernando, le presentó inocentemente su mejilla, recibió en ella un beso, y la paz se hizo.

Pocos meses después de esta escena, estando Constanza y Fernando en la montaña, un terremoto destruyó su aldea. Cuando aterrorizados y temerosos volvieron á ella, vieron con espanto que sus casas eran un montón de escombros y supieron que bajo ellos habían perecido sus padres.

Nunca un mal viene solo. El terremoto no se contentó con dejar á Fernando y Constanza en la orfandad, sino que los dejó reducidos á la mayor miseria. Los desdichados tuvieron que trasladarse á un pueblo próximo y ¡oh terrible dolor! también tuvieron que separarse.

Fernando tuvo que colocarse de mozo de labranza y Constanza tuvo que entrar á servir en casa de una señora. Desde entonces los inseparables dejaron de serlo y solamente se veían los domingos por la tarde y alguna que otra vez entre semana.

Pasados los primeros momentos de dolor que la separación y la muerte de sus padres les había causado, renació la esperanza. Creyeron que su separación sería corta y confiaron en que uno ó dos años de trabajo les permitirían ahorrar lo suficiente para reedificar una de sus casitas y casarse y ser felices. Pero pasó un año y luego otro y sus esperanzas no se realizaban.

Un día Fernando, que ardía en deseos de ser dueño de Constanza, dijo á ésta:

– A grandes males, grandes remedios, Constanza de mi alma; por este camino no se llega á la felicidad. Estoy decidido; soy joven, tengo aliento y el mundo es grande; á recorrer el mundo me voy en busca de fortuna.

– No, Fernando mío, no. Me moriré.

– Espérame; me dice el corazón que seré rico.

– ¡Ay! pero no te dice que serás feliz.

Inútiles fueron las súplicas de Constanza: Fernando decidió marcharse. El día en que se separaron, dijo Constanza: – De mi madre sólo conservo una herencia, este escapulario milagroso. Si alguna vez te encuentras en peligro grave, ruega á la imagen que en él va, y Santa Catalina te librará de todo mal.

Partió Fernando, y después de muchos días de marcha vino á parar una noche á una venta en la que varios viajeros estaban hablando sentados junto á una grande hoguera, de cierta hechicera, que era dueña de la mitad de las riquezas de la tierra y que, según se decía, haría poderoso á aquel que supiera resistir á los encantos de su belleza.

– Yo seré rico, – pensó Fernando; – ¿cómo su belleza ha de superar á la de mi Constanza? – y añadió: – Díganme vuesas mercedes ¿qué camino hay que seguir para llegar á los reinos de esa hechicera?

– ¿Pensáis ir allá? – preguntó uno de los viajeros.

– Sí, – respondió Fernando.

– No hagáis tal, si en algo estimáis la vida. Hay que correr muchos peligros.

– Todos sabré vencerlos.

Trataron de disuadir á Fernando de su empeño, pero inútiles fueron las razones empleadas.

Viendo que estaba decidido, díjole uno de los viajeros:

– Para llegar á ese reino, habéis de seguir siempre la dirección que os indique la estrella de los navegantes, es decir, que siempre habéis de caminar de noche y quizá tendréis que pasar grandes fatigas.

Nada atemorizó á Fernando. Emprendió su camino, y al cabo de trece noches de viajes, llegó una madrugada á cierto sitio en donde se encontró con un gran río invadeable. Siguió la corriente del río buscando un paso, y al cabo de otros trece días vió un esquife que tenía la forma de una inmensa langosta. Dió grandes voces llamando al barquero, pero nadie contestó. Entonces se decidió á meterse en aquella extraña embarcación. Apenas había puesto el pie en ella comenzó la langosta á andar con tal velocidad que Fernando no podía distinguir los árboles que había en las orillas del río. Tuvo miedo, quiso arrojarse al agua para llegar á nado á la orilla, aun á trueque de exponerse al peligro de ahogarse, pero al ocurrírsele tal idea, las patas de aquello que él había tomado por esquife en forma de langosta le sujetaron fuertemente. Así recorrió leguas y leguas hasta que por fin llegó al mar y después á una isla, en la que reinaba

un profundo silencio. Atracó la barca, puso Fernando el pie en tierra, y caminando siempre en la dirección que le marcaba la estrella de los navegantes, divisó un palacio hecho de conchas de mariscos. Iba á llamar golpeando con un hermoso caracol que hacía veces de aldabón, cuando la puerta formada por una inmensa concha de tortuga se abrió por sí sola.

– Entra, – dijo una voz, – sabía que vendrías y hace veinte años que te espero.

Entró Fernando y después de haber seguido un largo pasillo, llegó á una estancia cuyas paredes eran de nácar con adornos de perlas y doradas escamas de peces y los muebles de rojo coral, con flecos de verdes algas.



PAISAJE DE INVIERNO EN RUSIA, cuadro de Julio Kleber

En uno de los ángulos de la habitación y casi tendida sobre un lecho de espuma de mar vió, no una mujer, sino un ser de belleza indescriptible.

– Sé á lo que vienes, – dijo el hada, con voz que parecía el suave murmullo de las ondas. – Había jurado no enriquecer sino á aquel que lograra mi amor; por tí rompo el juramento. Te enriqueceré por tu amor á Constanza, mas en pago de la riqueza que te daré necesito que arrojes al mar ese escapulario que ella te dió y que llevas colgado al cuello.

Fernando contestó: – Antes que separarme de ese escapulario prefiero la muerte.

– Has de saber, – replicó el hada, – que por maleficios de un mago, terrible como las tempestades y feroz como las fieras, estoy encantada en esta isla, porque no quise corresponder á su amor. Las aguas que me rodean están hechizadas y malditas y no me dejan salir; mi encantamiento y el hechizo y maldición de las aguas desaparecerá cuando arrojes ese escapulario al mar.

Resistióse Fernando; pero al cabo de algunos días, las súplicas y agasajos del hada le convencieron.

Con mano temblorosa arrojó el escapulario al mar. Resonó en el espacio un inmenso suspiro y un ay doloroso, Fernando creyó ver el cuerpo de Constanza que caía herido por un rayo. Se enfurecieron los mares, retumbó un trueno y Fernando vió en el cielo la siniestra luz del relámpago. Cuando las aguas tocaron el escapulario volvió la calma, y de repente borróse de la memoria de Fernando todo recuerdo de Constanza.

Pronto las coqueterías del hada, sus agasajos, obsequios y todas las malas artes que una coqueta emplea rindieron á Fernando.

Las grandezas, los festines, la seda, el oro, hiciéronle olvidar hasta la cuna en que nació.

En su ceguedad llegó aun á imaginar que nunca había conocido el amor hasta el momento en que puso el pie en la isla del hada.

Un mes de felicidad embriagadora pasó Fernando, mas al transcurrir este tiempo, comenzó á adivinar que aquel inmenso poder que el amor le había dado en la isla, el desamor se lo arrebataba.

Aquella hada había sido una mujer licenciosa que vendió su alma al diablo, y éste en cambio le había enseñado la magia negra y la había asegurado muchos siglos de juventud y de belleza irresistible, pero imponiéndola la condición de que cada mes había de conseguir el amor de un joven y darle muerte, para ganar así almas para su reino.

Llegó para Fernando el término de sus amores y de su vida.

El hada al finalizar un banquete le brindó con sus amores.

Una voz celestial le avisó del peligro que corría, y rechazó las caricias de aquella bruja. Enfurecida ésta abalanzóse á él empuñando un agudo estilete envenenado.

Logró Fernando evitar el primer golpe y huyó hacia las orillas del mar. Iba ya á ser alcanzado por la bruja, cuando de pronto arrójase á las aguas diciendo:

– ¡Santa Catalina me ampare!

Hundióse hasta el fondo del mar, enredóse su cuerpo entre unas algas y sintió que algo se colgaba á su cuello.

Volvió á la superficie y con asombro vió el escapulario de Santa Catalina que arrojó al mar, colgado á su cuello.

En el momento en que su cabeza salía de entre las aguas vió en la orilla al hada. Abrióse la tierra y hundióse en ella la bruja mientras gritaba. – ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Conmigo serás en el infierno, si aquella no te salva!

Invocó Fernando á Santa Catalina, besó el escapulario, pronunció el nombre de Constanza, y con más velocidad que el rayo vióse llevado á país lejano.

Puso el pie en tierra y ¡cuál no sería su sorpresa al ver que se encontraba cerca de la aldea en que había dejado á Constanza!

Fué corriendo en su busca y supo que Constanza había abandonado aquel lugar y vuelto á la aldea en que ambos nacieron.

Allá voló.

Constanza había muerto herida por un rayo, mientras en la ermita, á que ambos solían asistir, pedía á la Virgen del Amor hermoso que su Fernando no la olvidara.

La ermita no era ya más que un montón de ruinas. Fernando volvió á edificarla.

Hízose ermitaño y cuando á fuerza de penitencias hubo purgado su pecado, bajó á la tierra el alma de Constanza y abrazándose á la suya dijo:

– Si tú has orado en la tierra, yo por tí rogué en el cielo. Santa Catalina te perdona y nos espera.

RICARDO REVENGA

LA VÍSPERA

Observen ustedes que es siempre más sensible que el acontecimiento que se espera.

Cuando el suceso es inesperado, no hay para qué decir que la víspera no puede interesar.

Las imaginaciones llegan más allá de las realidades.

Así la víspera del examen para el estudiante es aun más temible que el examen.

– Mañana me examinaré, – piensa el que estudia, – ¡si me cupiera en suerte... tal pregunta ó tal... teoría! Pero estoy seguro de que no será así. Y me darán un «reprobado» del tamaño de la cabeza del profesor de química. ¡Víspera terrible!

Lo sé por experiencia.

¡Cuántos actos de contrición hemos pronunciado todos en víspera de examen!

– He perdido tiempo: no me sucederá así el año próximo: en cuanto empiece el curso, á las nueve á casa, á estudiar, y esto diariamente... ó, por lo menos seis días á la semana... ó cinco, vamos, cinco, que es suficiente... ó cuatro... sí, cuatro, porque, aprovechando las horas...

La víspera de la boda es también angustiosa y larga, muy larga, para unos; corta, muy corta para otros. ¿Y las horas de ansiedad que sufre un hombre, en víspera de un lance personal, en la incertidumbre de si ha de ser vencedor ó difunto ó tuerto ó cojo?

Las vísperas de festejos en los pueblos son días de alegría y de felicidad para el vecindario.

La víspera del estreno de un terno representa un fausto acontecimiento para algunos individuos, al parecer de bien.

– ¡Cómo estaré mañana con esta levita y con este chaleco y con este pantalón! La ropa es lo principal: un hombre bien arreglado de indumentaria puede aspirar á todo: á un buen casamiento y á un cargo importante; un prójimo descuidado en el vestido, nada representa; es un guiñapo social. ¡Cómo estaré yo mañana!

La víspera del estreno de prendas de vestir, para algunas familias es día de regocijo y para los niños, día de locura.

Cuando esperamos algo bueno, quisiéramos acelerar el tiempo, conspirando contra la vida.

Cuando esperamos algo desagradable, quisiéramos parar el reloj, pero deteniendo el tiempo, que lo otro es muy fácil.

Un sujeto respondía cuando le preguntaban la hora:

– Tengo parado el reloj, en cincuenta pesetas.

La víspera de la primera representación de un drama, para el público literario y para la agrupación de revendedores, para el autor, para la empresa y para los actores, es día extraordinario.

– ¿Qué se sabe de la obra que estrenan mañana?

– He oído que es una maravilla.

– Yo he oído que es un disparate.

– Yo he oído el ensayo de un acto y de parte de otro.

– ¿Y qué?

– Que eso no se salva. Figúrense ustedes que hay un padre que está hablando á oscuras con un hijo, y que no le reconoce.

– ¿Pero es hijo natural?

– No, hombre.

– Porque si no quería reconocerle...

– No es eso, es un hijo legítimo.

– Sí, pero digan ustedes – apunta otro sujeto que conoce la obra – que es hijo legítimo de otro padre y de otra madre; vamos, hijo legítimo de vecino.

– Perdone usted, que en la escena no se dice.

– Pero venderán en la puerta del teatro el folleto con la explicación del argumento en castellano, siquiera sea convencional.

– He oído decir que la primera actriz sale «de corto.»

– No, hombre, «de corte,» habrá V. oído decir.

– De corte sale ella siempre, porque parece un sable de caballería: es una Sarah Bernardt descarnada.

– Sale con vestido de corte, por que uno de los actos parece que pasa en Nueva York.

– Ya.

– ¿Qué tal va eso? – preguntan ustedes á los revendedores.

– Bien, muy bien, – supongamos – mañana habrá un lleno; es obra que dará dinero: nosotros hemos tomado ya butacas y palcos para diez noches.

– ¡Vamos!

– En cuanto yo ví un ensayo, se lo dije á los compañeros: «Esta es obra de mucha *luz*, de mucha *guita*.»

– Sí.

– De mucho dinero.

– Ya.

– ¡Tiene un tercer acto!...

– Pues ¿cuántos actos terceros había de tener?

– Hay una situación, cuando don Antonio (si se refiere á Vico, por ejemplo) se arroja desde un piso tercero, que ha de arrebatar al público: solamente por oir el golpe, habrá más de veinte llenos. ¿Y Fulana (una actriz) en el acto tercero también, cuando muere envenenada con estrignina por una equivocación?

– ¿La toman por la perra de la casa?

La víspera de un viaje es una perturbación en el orden doméstico.

Las mujeres empiezan á arreglar las ropas en los baules, dos ó tres días antes del prefijado para la marcha.

Pero la víspera no hay quien pueda dormir ni descansar.

Las tareas principian al amanecer.

– Levántate, hombre, que tienes que hacer muchas cosas, y después á última hora todo es apreturas y...

– Pero mujer, si tengo todo el día para ocuparme en cuanto me queda por hacer.

– ¡Arriba, papá! no seas perezoso.

– Voy, hija, voy, que no os puedo aguantar á la madre ni á la hija.

La víspera del debut es, para cualquiera tiple que se estime en algo, día de ayuno y noche de insomnio.

Pero hay otra víspera más cruel:

La del infortunado reo, que espera el cumplimiento de su sentencia.

La víspera de un combate es, para el soldado nuevo, poco más ó menos que la de su ejecución para el reo.

Hay vísperas insoportables.

Una de ellas es la de inauguración de la temporada de toros.

En Madrid viven multitud de sujetos que perderían primero una oreja y cuantas tuvieran disponibles, que el primer acto de una corrida de toros.

– Mire usted – me decía uno de estos – llevo cuarenta años viendo toros, y nunca he llegado tarde: he visto siempre desde la entrada del teniente alcalde hasta el último *arrastrao*.

Estos individuos empiezan á presentarse en cafés y en calles y paseos, cuando la empresa fija los carteles anunciando la apertura del abono.

Cuando la temporada termina parece que se esconden para no ver á las gentes.

No quieren ver más que toros.

En cuanto salen á luz acosan á preguntas á los amigos por temporada.

Yo los llamo amigos de puntas.

– ¿Qué opina usted del cartel?

– ¿Y se sabe si vendrá para alguna corrida Espartero?

– ¿Las ganaderías son buenas, eh?

– ¿Con que murió el pobre Manene?

– Diga V., ¿á quién trae este año Rafael?

No queda contra esta serie de preguntas otro remedio que huir de los sitios públicos en cuanto se aproxima la temporada, como ellos huyen cuando termina.

Uno de esos amigos me preguntó días pasados:

– Si se retiran Lagartijo y Frascuelo, ¿qué harán sus cuadrillas?

– Pues, mire V., – respondí, – no lo sé, pero pueden hacer lo que á V. le parezca.

EDUARDO DE PALACIO

MONUMENTOS ESPAÑOLES



CORDOBA.-PUERTA EXTERIOR DE LA MEZQUITA, copia de una fotografía de J. Oses

MONUMENTOS ESPAÑOLES



CÓRDOBA.-LA VIRGEN DE LOS FAROLES Y LA TORRE DE LA CATEDRAL, vista tomada desde la Puerta del Perdón, copia de una fotografía de J. Oses

NOTAS COSMOPOLITAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS, APUNTES DE MARS Y JOB



EN LOS TORNIQUETES

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS

IMPRESIONES

París..... julio de 1889

No una carta, un tomo en folio llenaría, querido X., si hubiera de darte cuenta de todas las impresiones que en mi ánimo han producido París y su Exposición; pero como ni yo me siento con fuerzas para escribirlo ni habías de tener tú paciencia para leerlo, á la epístola me atengo aun á riesgo de dejarme por decir más de cuatro cosas importantes y de llevar al tuyo la confusión que de mi espíritu se ha enseñoreado.

París ha sido, es y será la encarnación del cosmopolitismo: la indiferencia de los ingleses, la glacial cortesía de los alemanes, la modesta oficiosidad de los italianos y la curiosidad indiscreta de los españoles recuerdan de continuo al extranjero que en Londres, en Berlín, en Roma y en Madrid es un extraño; en París, por el contrario, las más antitéticas idiosincrasias se encuentran como en su misma casa, los más opuestos gustos están de antemano previstos y así halla inapreciables tesoros en que saciar su afán de saber el hombre de ciencia, como placeres sin cuento el simple curioso movido tan sólo por el deseo de divertirse.

Pero en estos momentos París no está en París, sino en la Exposición; la ciudad aparece como suburbio de



LOS QUE COMEN TEMPRANO — LOS QUE COMEN TARDE

ésta. Los cafés de los bulevares, los restaurants de la Avenida de la Opera, los teatros, todo lo abandona el forastero y aun el parisién á trueque de gozar de las mil y una distracciones del Campo de Marte y de la Explanada de los Inválidos.

– Vamos, pues, á la Exposición, – me dije esta mañana disponiéndome á pasar en ella todo el día y preparándome á echar una ojeada general sobre las inmensas maravillas allí acumuladas, es decir, á mirarlo todo sin ver nada, á meterme en todas partes sin pararme en ninguna, á avanzar siempre sin saber lo que atrás dejara y, en una palabra, á orientarme para mis visitas sucesivas y á hacer mi composición de lugar para mis ulteriores y más detenidos exámenes.

Llegué como pude á una de las infinitas puertas de entrada y proveyéndome del indispensable *ticket*, ocupé el sitio que en la larga fila me correspondía y me propuse sacar el mayor partido de mi forzoso semi-quietismo examinando á los compañeros de cola que la suerte me había deparado. Y á fe á fe que bien merecía la escena ser descrita por quien mejor que yo supiera pintarla: el rubicundo alemán al lado del atezado etíope, la estirada *miss* en forzado contacto con el modesto burgués, la sencilla griseta codeándose con la elegante *cocotte*, el negro delante del amarillo, la gorra detrás del morrión y el percal besando fraternalmente la seda, todo ese conjunto resultaba tan brillante y divertido que me embebí en su contemplación hasta que me encontré, más bien llevado por ajeno empuje que por impulso propio, cabeza de aquella cola y metido en el torniquete que uno á uno iba deslabonando los distintos anillos de la humana cadena.

El chirrido de la máquina al dar la vuelta sobre su eje y el empujón que recibí de sus férreos brazos hiciéronme comprender que me hallaba por fin dentro del soñado recinto.

Confiésote que la serenidad de ánimo que hasta ese momento había conservado desapareció como por encanto y que sólo la aversión que profeso al género cursi detuvo en mis labios el tan gastado ¡Dónde estoy! La variedad de idiomas que en mi oído sonaban, la multitud y variedad de trajes que desfilaban ante mis ojos, las oleadas de gente que unas puertas vomitaban y otras engullían, el indefinible zumbido que por do quier se escuchaba y aquel ir y venir en incesante torbellino de un lado á otro de modo tal me conturbaron que olvidando por completo el plan que me había trazado eché á andar maquinalmente perdiéndome más de una vez en aquel intrincado laberinto de paseos y edificios volviendo más de dos al punto de donde había salido cuando más pensaba haberme de él alejado.

Así ví muchas cosas, muchas, pero ni sé cómo las ví ni el orden con que las fuí recorriendo, y como mi cabeza en estos instantes es olla podrida en donde hay de todo, pero mezclado y confuso, procuraré no entrar en grandes detalles por temor de que resulte indescifrable mesa revuelta lo que propongo que sea croquis más ó menos inteligible.

De la calle del Cairo recuerdo la estrechez del pasaje, las típicas casas con sus miradores cubiertos por espesas celosías, el estrépito de cien obreros trabajando en míseros tenduchos, los afeitados armenios tentando al transeunte con sus mercancías de brillantes colores, el estridente ruido de los instrumentos músicos que animan los cafés, los monótonos estribillos de los infelices fellahs encargados de los burros y sobre todo estos inteligentes animales que si se dejan conducir dócilmente por sus guías apean por las orejas á más de un valentón que quiso prescindir de los servicios del borriquero.

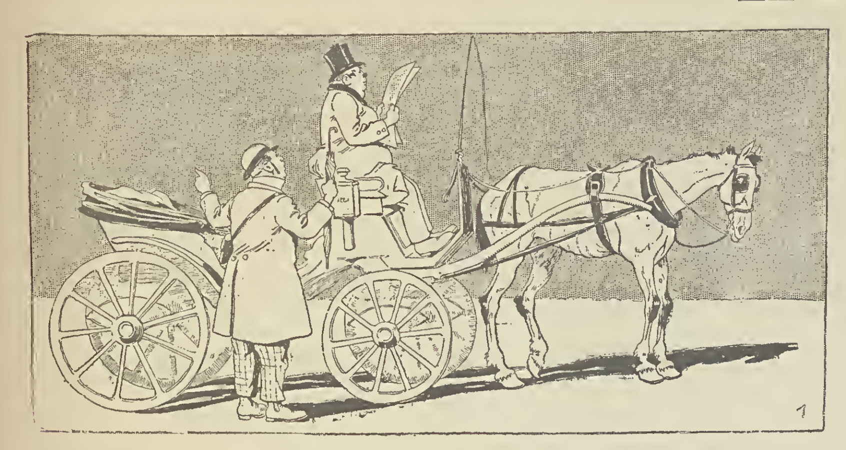
Del café turco no se me han olvidado la pareja de almeas ni los extravagantes movimientos que ejecutan y que los orientales tienen á bien llamar danza; del campamento árabe ha quedado fijo en mi memoria más que las inmensas tiendas y los pintorescos adornos el misterioso harem cerrado herméticamente para los varones infieles y que mi imaginación se representó lleno de hermosas huríes cuando es muy probable que sólo contuviera moras adocenadas; de la aldea javanesa veo aún entre sombras el teatro y el color de azafrán que se dan en la cara y en el cuello las bailarinas; recuerdo también que me sorprendieron los annamitas con sus pintorescos trajes, que admiré las primorosas labores del bazar tunecino, que sin saber cómo me encontré entre cuevas, habitaciones lacustres, casas griegas, villas romanas, edificios bizantinos, castillos de la Edad media, tiendas esquimales, chozas africanas, viviendas asirias, pabellones persas, pagodas indias, templos aztecas y qué sé yo cuántas cosas más de las cuales vine á colegir que me hallaba en la calle de la Historia de la habitación que ha montado Mr. Carlos Garnier con más convencionalismo teatral que verdad histórica.

Recuerdo asimismo que acosado por el hambre eché á andar en busca de un restaurant; que hube de esperar ignoro cuánto tiempo viendo con envidia á los felices que habiendo ya satisfecho esta exigencia de la naturaleza nos miraban á mí y á otros que en mi misma situación se encontraban con burlona sonrisa, y que al llegar mi turno me sirvieron tarde y mal unas raciones excesivamente pequeñas, lo cual no fué óbice para que en la cuenta resultaran extraordinariamente grandes.

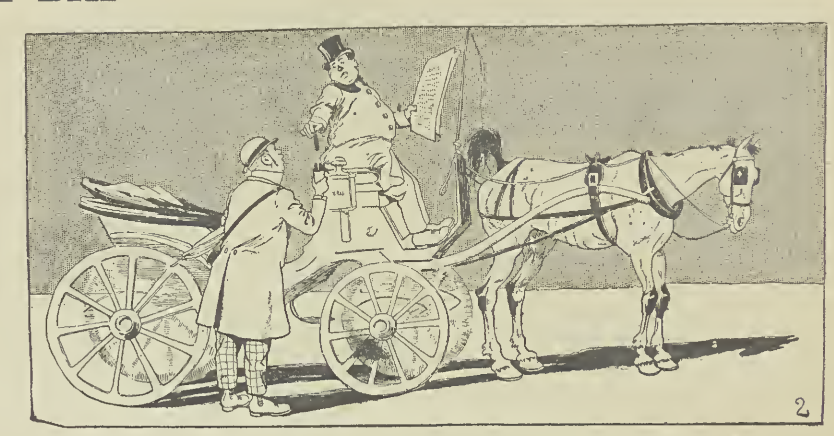


UN JINETE QUE RECHAZA LOS SERVICIOS DEL BORRIQUERO. – CROQUIS DE LA CALLE DEL CAIRO

EL REY DEL DIA



COCHERO, TENGA V. LA BONDAD DE LLEVARME Á LA EXPOSICIÓN



¿TIENE V. UN BUEN CIGARRO?



¡TOME V. MI BOLSA!



POR CASUALIDAD CONSIENTE EL COCHERO, BIEN QUE BAJO CIERTAS CONDICIONES

Tengo cierta idea vaga de que después de devorar mi frugal refacción proseguí mi infernal carrera recorriendo una Galería de máquinas capaz de hacer oir á los sordos y de ensordecer á los que oyen, un Palacio de Artes Liberales en cuyas preciosidades apenas se fijó mi extraviada vista y un Palacio de la Industria que parecía hecho á propósito para marear á una estatua de piedra.

Quise buscar algún descanso en los jardines y no pude dar con una silla ni con un banco desocupados en que reposar mis quebrantados huesos ni hallar un rincón solitario que se vea libre de aquel indescriptible barullo: en todas partes orquestas, murgas, luces, fuegos, vendedores ambulantes y sobre todo gente, un diluvio de gente que había invadido los lugares más recónditos.

Al fin molido, hambriento, con los ojos que se me salían de la cabeza y la cabeza que apenas se sostenía en los hombros, rendido el cuerpo y fatigado el espíritu enderecé mi proa al faro de la torre Eiffel y empujando á unos, atropellando á otros, pisando á un moro que suelta un terno de marcado color español, haciendo jirones las delicadas vestiduras de una gentil moscovita que se lamenta de mis violencias en castizo parisién no aprendido seguramente á orillas del Neva y repartiendo codazos á diestro y siniestro logré verme fuera de aquel infierno y he gastado mis últimas fuerzas en salvar los cinco kilómetros y pico que separan á la Exposición de mi hotel y en subir los ciento diez escalones que conducen al microscópico chiribitil que me sirve de aposento y por el cual me hacen el favor de cobrarme cinco francos diarios, servicio aparte.

Ya ves, pues, que no todo son glorias y placeres; para ver lo mucho bueno que París y su Exposición encierran hay que apechugar con lo malo inherente á toda obra humana.

Y entre lo malo merecen figurar en primer término los cocheros. El cochero no es ahora un servidor del público sino una verdadera institución.

– ¡A la Exposición! – dices encarándote con cualquier automedonte y poniendo el pie en el estribo del desvencijado vehículo.

Mutis del interpelado.

– Cochero – repites suavizando la voz y llevando la mano al ala del sombrero, – tenga V. la bondad de conducirme á la Exposición.

El hombre, que merecería llamarse como el amigo de Fígaro, Niporesas, se digna á lo sumo mirarte con cierto desdén y sin el menor empacho

– ¿Tiene V. un buen cigarro? – te contesta.

Se lo das, creyendo que este rasgo de amabilidad te captará su simpatía y cuando te apercibes á repetir la súplica, te vuelve la espalda y de nuevo se engolfa en la lectura del periódico que sólo por la merced de aceptar un cigarro ha interrumpido.

– ¡Tome V. mi bolsa! – exclamas arrojándote á sus pies y alargándole un bolsón repleto.

Y si por casualidad consiente en complacerte, tomará de lo que le ofreces lo que tenga por conveniente y acabará por llevarte á la Exposición, algunas veces bajo ciertas humillantes condiciones que la necesidad te obliga á suscribir.

¿Y la torre Eiffel? me preguntarás sin duda. La he visto pero aun no me he sentido con ánimo para subir á ella. ¡Es tan alta! tanto que un gascón ponderando su altura decía á un su amigo: «Se ha dado el caso de que el que empezó á subirla de niño acompañado por una graciosa camarera, al regresar á tierra firme después de la ascensión era un hombre barbudo sirviendo de bracero á una decrépita anciana.»

Basta por hoy; mis párpados se cierran, la vacilante luz de mi bujía anuncia que está próxima á extinguirse y me es de todo punto imposible coordinar más ideas. Voy á descansar de las fatigas del día aunque mucho me temo que vengan á aumentarlas las de una mala noche pasada en estas alturas, con un calor asfixiante y sobre una cama que parece haberse escondido en el rincón en que se encuentra de vergüenza de llevar un nombre tan poco merecido.

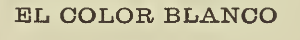
Tuyo affmo. – Z



AL SUBIR Á LA TORRE EIFFEL



AL BAJAR DE LA TORRE EIFFEL



EL COLOR BLANCO

I

Este color ha sido siempre signo de belleza, claridad, pureza y jerarquía, y como rey de los colores, le usaban por distintivo los monarcas.

Esta supremacía no se limitaba á los climas cálidos y meridionales, sino que abarcaba las regiones del Norte.

La mayor parte de los dioses y de los héroes de Osián van envueltos en mantos blancos ó armados con arneses como el armiño.

El merús ó jefe de tribu lapón, en los actos públicos se presenta siempre envuelto en una piel de oso blanco.

La reina Cristina de Suecia vestía siempre de blanco.

El supremo deseo de los triunfadores de la antigua Roma, era que su carro fuese tirado por caballos blancos, y Tiberio ofreció un premio de diez millones de sestercios al criador de caballos, que reuniese ocho sin un solo pelo oscuro.

Por eso los caballos blancos juegan tan gran papel en la historia. Santiago peleó en la batalla de las Navas de Tolosa cabalgando en un caballo blanco. Ecilda, princesa de las Cevenas, libertó el territorio francés de la invasión sarracena montando un caballo *blanco como un cisne*. Orelia, uno de los caballos que tiraban del carro del rey don Rodrigo y sobre el que se supone que huyó el vencido monarca en la batalla del Guadalete, era blanco.

La túnica de las sacerdotisas galas era blanca, y blanco el penacho del capacete con que Enrique IV de Francia entraba en los combates, y como suprema consagración del color blanco las sibilas de Grecia y Roma descendieron del *marmóreo* altar, delante de César, después de haberle anunciado «que vendría un niño misterioso, hijo de una virgen, *envuelto en un blanco lino*, por cuya presencia se cambiaría el orden de los siglos y perdería la naturaleza sus males, y sería el Universo á manera de un árbol mecido por una brisa celeste.»

Hasta hace poco apenas se concebía que una doncella de cierta jerarquía no vistiese de blanco, y á mediados del siglo, todos los elegantes de Europa, especialmente en los climas meridionales, usaban chaleco y pantalón blanco. En España la tropa se uniformaba de lienzo blanco, durante los meses del verano, y el sombrero blanco era un signo de distinción.

El color blanco no sólo significaba claridad material, sino que era distintivo de alegría, limpieza y elevación moral.

La criatura bella bianco vestita

del Dante, era un arquetipo de la suprema hermosura.

Algunos posponían el color blanco al color azul, suponiendo á éste la enunciación del cielo, al creer que había un *firmamento* sobre el que descansaba la balumba divina; pero Argensola desvaneció esta creencia, diciendo:

Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo ni es azul...

Y la ciencia después ha confirmado que esas regiones azules y al parecer compactas, son espacios etéreos inundados de la blancura de la luz.

El último mantenedor de los fueros del color blanco fué el difunto Conde de Chambord, que debió haber sido Enrique V de Francia, renunciando al trono por no plegar la bandera blanca de la casa de Borbón.

II

Después ha habido una reacción inconcebible contra el color blanco.

¿Será que como las conciencias están cada día más turbias y más azarosas, repelen la diafanidad analítica de la blancura?

¿Será que al nivelarse las clases tienden á confundirse *arropándose* en colores que todos pueden proporcionarse y llevar más fácilmente?

¿Será que la ley del trabajo, que se impone á todos, destierra las distinciones y las elegancias?

¿Será que el germen de la vida, que antes venía de lo alto, envuelto en la blanca luz sideral, ahora emana de la tierra en la que predominan más otros colores?

No acierto á explicármelo ni á explicarlo, pero lo cierto es que se va eliminando el color blanco de todos los usos sociales.

En los Estados Unidos apenas se usa papel blanco de escritura. Los puños y cuellos de camisa y los paraguas de papel que allí se emplean efímeramente van siendo ya de colores oscuros y en la vieja Europa, país de la tradición realista, se desdeña el color blanco, predilecto de los soberanos.

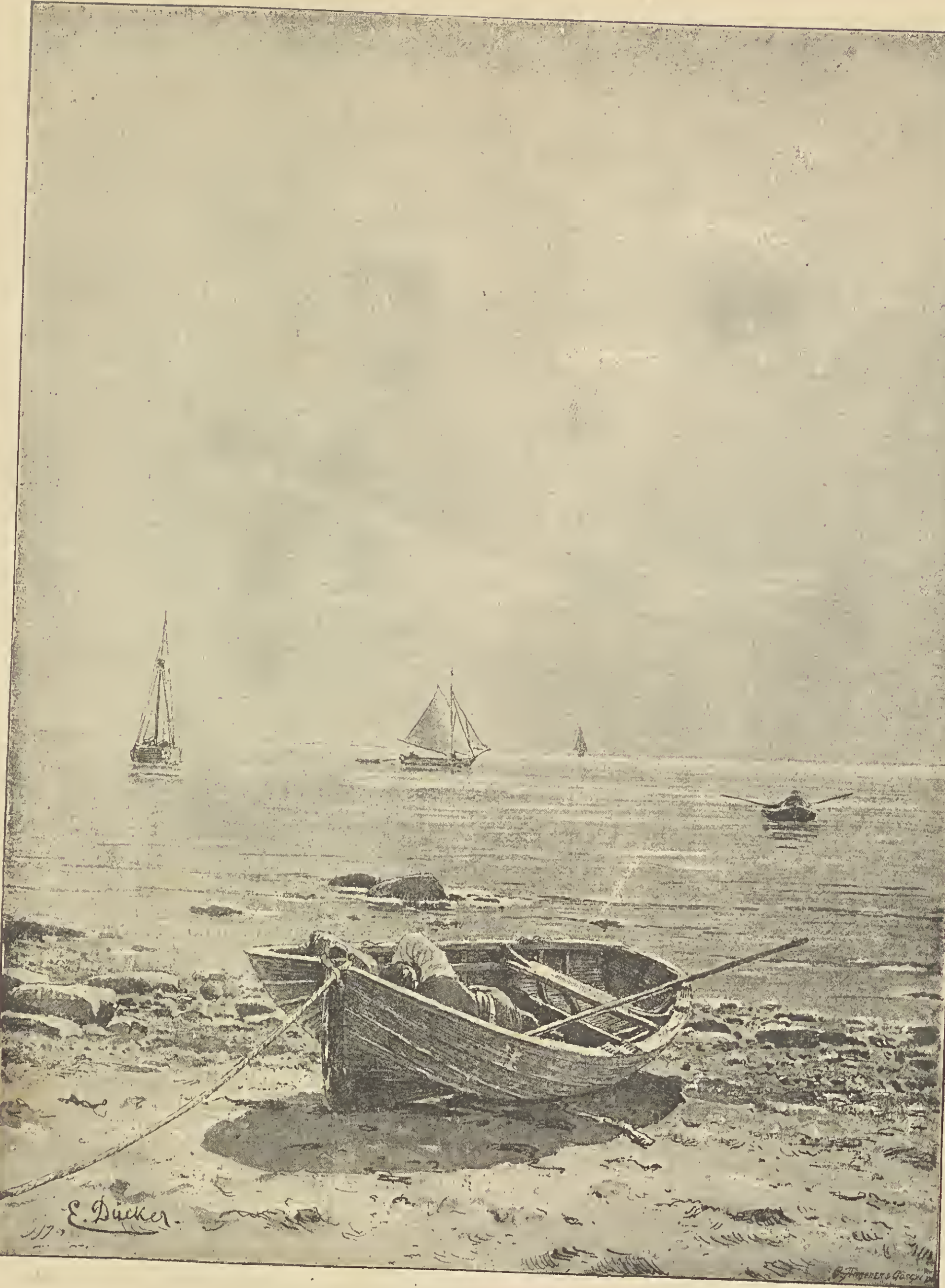
Respecto á este color se notan varios contrasentidos. Hace muchos años que un Ministro de la Guerra francés mandó excluir del ejército los caballos blancos, porque le demostró la experiencia que servían de excelente *blanco* á los artilleros alemanes.

Por lo visto los caballos blancos no sirven para tiro á fuerza de servir demasiado.

Pero es el caso que esos mismos alemanes tienen, como otras muchas milicias del Norte, cuerpos de ejército que usan capotes blancos, como algunos de nuestros soldados y los individuos de la Escolta Real.

¿Cómo se explica esto: lo blanco en los hombres no presenta blanco y en los caballos sí?

Por lo demás la conveniencia del uso del color blanco está demostrada en los países en los que la temperatura sufre grandes variaciones, pues este color es igualmente refractario al calor y al frío; por lo cual le usan preferentemente los árabes errantes y los habitadores del Atlas y de los montes Urales.



SIESTA EN LA PLAYA, cuadro de E. Ducker

III

Pero repito que en Europa el color blanco va perdiendo terreno. Se esconde tímidamente en las ropas interiores y aun de estas vase desterrando.

Antes, uno de los grandes atractivos de la mujer era la blanca media ceñida á una pierna bien modelada, pero en la actualidad no hay dama que se respete que use medias blancas. Apenas se admiten las enaguas blancas, y ya comienzan á estar en boga los manteles de *peluche* de colores. Un paso más y el blanco se eliminará hasta de las ropas de cama.

Los elegantes de todos los países se han esforzado en imponer la camisa de color, hasta que se han convencido de que sienta mal al rostro; por lo demás todos están contestes en que los colores claros y sobre todo el blanco, *no visten bien*.

No hay que decir que no se encuentra un carruaje ni un caballo blanco, por un ojo de la cara.

Aquellas jóvenes y románticas beldades, vestidas de blanco, permitiéndose sólo un cinturón azul, se han acabado.

Esta repulsión material influye poderosamente en el orden moral. Hanse inventado frases desdeñosas basadas en el color blanco.

De una persona sin estímulo se dice que tiene *sangre de horchata de chufas*, no porque ésta sea fría sino porque es blanca.

La blancura es símbolo de inocencia; por eso se viste de blanco á los niños, y sabido es que en la acepción vulgar, inocente es sinónimo de tonto.

Para expresar que un hombre es un cobarde, se dice:

¡Ese es un blancote!

No entro en más explicaciones, porque no cometeré la injusticia de suponer á mis lectores tan ignorantes que no sepan que el calificativo de *caballo blanco*, corresponde á un ser de la especie humana, rico, tonto y predestinado.

A pesar de todas estas cosas el color blanco siempre será el supremo color. Blanco fué el primer ambiente que iluminó la noche del caos, aunque luego fuera colorándose con la lumbre de los soles. El agua, vida de la creación, es blanca, y las manchas físicas y morales se analizan mejor sobre el blanco.

Bursurcumbur, el sabio filósofo y legislador de la India oriental, cuna de la civilización del mundo actual, ha consagrado el color blanco en párrafos profundos y poéticos.

«Toda cosa blanca – dice – es sobrenatural y casi sagrada. La piedra en que Brahama puso el pie al bajar á la tierra, en su primera encarnación, es blanca como el cristal. Desde que habéis despojado á Dhera de su blanca túnica, la diosa ya no protege á estas comarcas. Volved á dársela si no queréis que los bárbaros destruyan nuestro país. Dios baja á los seres envuelto en lo blanco, por eso son divinos los blancos elefantes, y no hay realeza verdadera si el soberano no adorna su frente con la flor blanca del loto.»

«Blanca es la conciencia. ¡Ay del que la manche!»

IV

Pero con el color blanco ha sucedido lo que con otras muchas cosas. Su misma superioridad abrumadora ha sido causa de que tienda á menospreciarse. Se admira á Enrique V renunciando á un trono por una bandera, es simpático el armiño dejándose coger por no manchar su blancura; pero estos ejemplos de perfección perturban á la humanidad, que desde los tiempos de Voltaire, ha renunciado á su reino del alma y sólo aspira al de la tierra.

El mundo moral está oscuro. Ahora se busca luz para la colectividad, por eso hase inventado la luz eléctrica; pero el individuo, considerándose sólo un átomo material del *gran todo*, quiere permanecer en la penumbra, para cuyo efecto se viste de colores sombríos.

La luna es blanca porque está desierta; á estar habitada se coloraría con la sangre y los vicios de sus moradores.

Los muertos se quedan blancos, porque necesitan de inmaculada veste para penetrar en las regiones de la eternidad.

CARLOS COLL

CRONICA CIENTIFICA

FOTOGRAFÍA DE LAS CHISPAS ELÉCTRICAS. – Los dos grabados que reproducimos son fotografías obtenidas directamente de chispas eléctricas producidas por una bobina ó carrete de Ruhmkorff con interruptor de mercurio. Los experimentos han sido hechos por Mr. A. Rouillé, de Rânes (Orne), quien ha dado sobre ellos las siguientes interesantes explicaciones que reproducimos tanto por lo curioso de las mismas cuanto por ser una prueba más de las crecientes aplicaciones del importante arte de la fotografía.

«Dispuestos los aparatos en una cámara obscura, se colocó una plancha gelatino-bromurada con la capa sensible hacia arriba sobre otra plancha de ebonita más ancha, que á su vez descansaba en un pequeño disco metálico montado sobre un pie aislador. Uno de los polos de la bobina se fijó en el disco metálico inferior y el otro, consistente en un sencillo hilo de cobre, estaba puesto perpendicularmente en el centro de la placa sensible y en contacto con ella. Producida entonces la chispa por medio de una interrupción á mano y estando el polo positivo de la bobina en contacto con la superficie de la plancha sensible obtuve la reproducción de aquélla con sus finas ramificaciones (fig. 2): luego el conmutador de la bobina invirtió los polos con lo cual el hilo que tocaba á la superficie sensible se hizo negativo habiendo dado la chispa esos curiosos penachos terminales que pueden verse en la fig. 1. Estas dos chispas de aspecto completamente distinto se producen regularmente en cada polo. Para obtener chispas verdaderamente hermosas es indispensable que el tamaño de la plancha de ebonita sea tal que la chispa no pueda cambiarse directamente entre los polos bordeando la plancha sensible: detenida en su expansión por una superficie no conductora de dimensiones bastantes la chispa debe extenderse, por decirlo así, sobre la superficie sensible de la placa. Cuando después del paso de la chispa se separa la plancha sensible de la de ebonita, se ve que están ligeramente adheridas, se siente una débil crepitación y se percibe un gran olor á ozono, pruebas evidentes de una condensación eléctrica.»

(De *La Nature*)

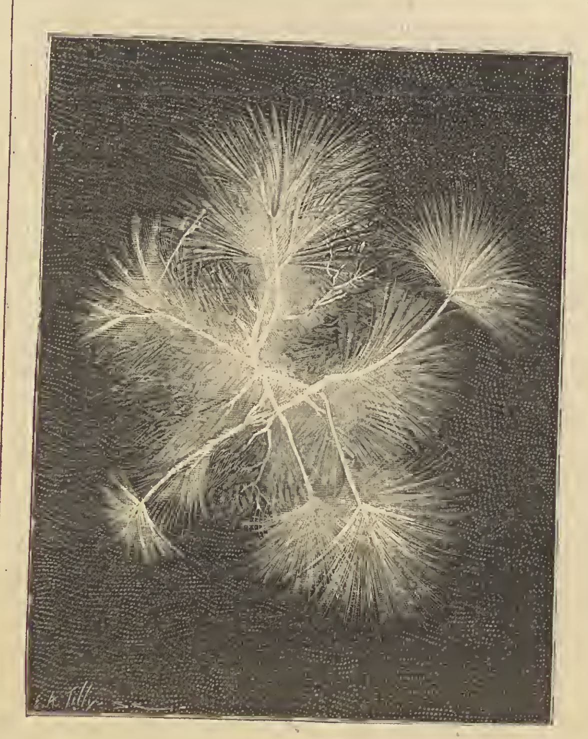


Fig. 1. – Fotografía de una chispa eléctrica

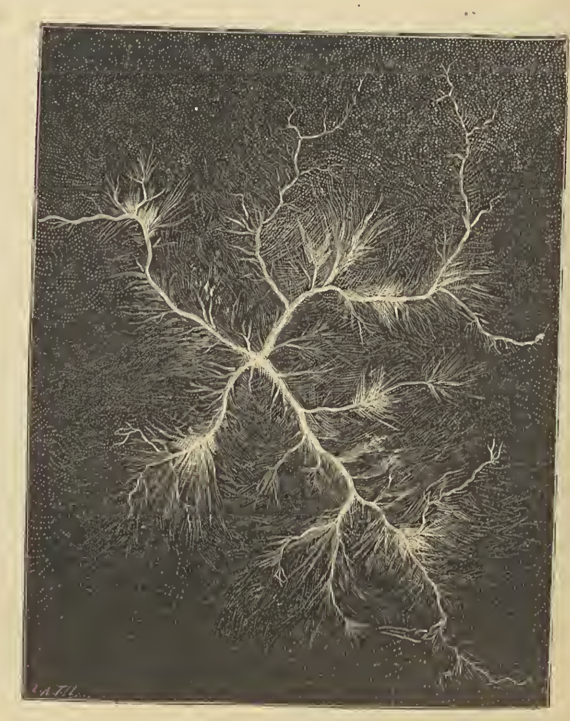


Fig. 2. – Otra fotografía de una chispa eléctrica.

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN